

Templo y ciudad.

La misión de la arquitectura religiosa contemporánea

Temple and city.

The mission of contemporary religious architecture

RAFAEL ÁNGEL GARCÍA LOZANO

INTRODUCCIÓN

Abordar la relación existente entre arquitectura religiosa contemporánea y ciudad nos parece algo francamente necesario para comprender mejor cada una de estas realidades, así como sus mutuas interacciones. Siempre he tenido el convencimiento de que no hay arquitectura sin urbanismo, ni éste sin historia. Y si algo caracteriza a la arquitectura religiosa contemporánea es que, de hecho, se construye mayoritariamente para las ciudades. En efecto, una de las principales causas de la construcción de nuevos templos es el crecimiento demográfico y, por ende, el desarrollo de los núcleos de población, generalmente urbanos. Pero mi preocupación por este aspecto va más allá del mero dato. Por ello quiero reflexionar en este trabajo acerca de lo que supone hoy una iglesia contemporánea en la ciudad, en un barrio nuevo o incluso en la ciudad histórica, sobre su relevancia y sobre los retos que se plantean.

TEMPLO Y CIUDAD

Desde que existe la ciudad existen los templos en su seno. Abundan ciudades con siglos a sus espaldas, milenios incluso, desbordadas de lugares de culto dedicados a muy distintas divinidades y de muy distintos estilos artísticos. Pero circunscribiéndonos a nuestra sociedad occidental, históricamente cristiana, planteamos la pregunta acerca de la relevancia que tiene para la ciudad actual la construcción de una iglesia contemporánea en ella.

Si por algo destacan las sociedades y las formas de vida contemporáneas es por su carácter eminentemente urbano¹. La historia de la Humanidad está

Introduction

I believe that tackling the relationship between contemporary religious architecture and cities is profoundly necessary in order to understand better each of those realities, as well as their mutual interactions. I have always believed that there is no architecture without urban planning, and no urban planning without history. If there is something characterising contemporary religious architecture, it is the fact that it is built mostly for cities. Certainly, one of the main reasons for building new temples is demographic growth and, therefore, the development of new (usually) urban districts. However, my concern with this aspect goes further than the fact itself. For that reason, I would like to reflect in this paper about what a contemporary church stands for today in a city, about its relevance and about the challenges it poses.

Temple and city

There are temples since there are cities. There are many century—old cities, even millennium—old ones, crowded with places of worship devoted to various divinities and with very different artistic styles. However, framed by our Western society, which was historically a Christian one, we ask ourselves about the relevance of building a contemporary church in a current city.

Contemporary societies and life styles are predominantly urban¹. The history of humankind is marked by demographic processes which tipped the scales alternatively towards ruralisation and urbanisation processes. Historical, political and economic events were the milestones of those processes. During the Neolithic, a grouping of human settlements occurred along the margins of the main rivers of Mesopotamia; this gave rise to a sprouting urban planning, however, it was in Greek and Roman civilisations where town planning acquired citizenship status. Cities are mainly organised around three strata: the military, the religious and the political one, consolidating themselves as a phenomenon repeated through the centuries. From then until the Middle Ages, cities were organised as if they were small states (state-cities) which survived until the mid 18th century. Then they were ruptured as a consequence of the new Renaissance and Baroque concept of a city. It was during the Industrial Revolution that the city underwent the greatest transformation in qualitative terms. The surge of new production means, the massive use of machinery and the reduction of manufacturing costs resulted in a wide job offer, although the quality of work was precarious. This phenomenon brought about the biggest demographic boom in the Western history, displacing people to cities and multiplying —sometimes for ten— the number of inhabitants. The normal evolution of that process led to the industrialised city, a platform for economy and business centre. Another turn of the screw in favour of a growing industrialisation caused a new demographic boom during the 60s. Nowadays, cities are recovering from the recession state of this latest industrial development. Meanwhile, certain constructive criteria and reflections focusing on ecology and sustainable development start to be the protagonists². Globalisation has also impacted cities, turning them into a network of networks, big conglomerates, places offering all sorts of goods and services to contemporary people, places where they remain anonymous. On the other hand, the fragmentation, dispersion and homogenisation to which cities are subject increase many processes of social exclusion. Certainly, cities were and still are tools for freedom and also tools for reducing poverty, the space where human rights were embodied. At the same time, urban spaces can also become powerful social exclusion machines³. Anyhow, we must state that cities are the result of their history, of more or less fortunate episodes, and mainly of the people who inhabit them, either temporarily or for life.

jalonada de procesos demográficos que inclinan la balanza alternativamente hacia procesos de ruralización y urbanización. Los acontecimientos históricos, políticos y económicos han sido la piedra de toque de estos procesos. Si en el Neolítico comienza, en torno a las riberas de los grandes ríos de Mesopotamia, un proceso de agrupación de asentamientos humanos que da origen a un incipiente urbanismo, en las civilizaciones griega y romana el urbanismo obtiene carta de ciudadanía. Las ciudades se organizan fundamentalmente desde tres estamentos: militar, religioso y político, consolidándose como fenómeno repetido a lo largo de los siglos. Desde entonces hasta finalizado el Medioevo, las ciudades se organizan a modo de pequeños estados (ciudades-estado) que, si bien no desaparecen hasta bien entrado el siglo XVIII, acaban por fracturarse como consecuencia de la nueva concepción renacentista y barroca de la ciudad.

Pero la mayor transformación protagonizada por la ciudad, cualitativamente hablando, acontece con la Revolución Industrial. La aparición de nuevos medios de producción, el uso masivo de la máquina y el abaratamiento de los costes de producción, dieron como consecuencia una amplísima oferta de empleo, aunque de precaria calidad laboral. Este fenómeno trajo consigo la mayor explosión demográfica de la historia occidental, desplazando la población hacia las ciudades y multiplicando —incluso por diez— el número de sus habitantes. La evolución normal de este proceso desembocó en la ciudad industrializada, plataforma de la economía y centro de negocios. Una nueva vuelta de tuerca en aras de una creciente industrialización en los años sesenta desencadenó una nueva explosión demográfica.

Hoy, la ciudad se recupera del estado de recesión de este último desarrollo industrial. Mientras, se reflexiona y comienzan a cobrar protagonismo criterios constructivos que se centran en la ecología y el desarrollo sostenible². La globalización también ha entrado de lleno en las ciudades, convirtiéndolas en red de redes, grandes conurbaciones, lugares que ofrecen todo tipo de servicios y mercancías al hombre de hoy, donde su anonimato queda garantizado. Por otro lado, la fragmentación, la dispersión y la homogeneización a la que se somete la ciudad, acentúan muchos procesos de exclusión social. En efecto, la ciudad ha sido y es a menudo instrumento de liberación y un verdadero instrumento de reducción de la pobreza, el espacio donde han tomado cuerpo los derechos de la persona. Pero, paralelamente, el espacio urbano puede ser también una potente máquina de exclusión social³. Con todo, tenemos que afirmar que la ciudad es fruto de su historia, de episodios más o menos afortunados, y principalmente de las gentes que en ella habitan, sea por un tiempo o para toda la vida.

Mucho tiempo ha dedicado el pensamiento en discernir si el hombre es o no un ser social, si forma parte de un entramado de relaciones. En efecto, el hombre es un ente individual, libre, autónomo e independiente, pero que ha optado por vivir junto a otros hombres, pues no se entiende a sí mismo aislado, sino formando parte de una globalidad, de un conjunto de personas. Esta opción por la agrupación y vida compartida con otros hombres tiene su origen en la propia condición humana y en el anhelo de obtener una serie de ventajas que, viviendo de forma individual, en

absoluto tendría. Así pues, uno de los frutos de la vida en sociedad es el beneficio de todos. De esta forma, el hombre busca y hace posible una serie de relaciones humanas, laborales y de ciudadanía que ponen de manifiesto su interdependencia.

Con el paso del tiempo fue apareciendo una nueva realidad, a causa del rápido crecimiento del número de personas que se agrupaban para vivir en común. Paulatinamente, estas agrupaciones fueron superando un determinado tamaño y tomaron tintes de nueva realidad. De esta forma surgieron las primitivas ciudades, donde sus habitantes se organizaban de un modo totalmente nuevo respecto de lo que hasta entonces se había hecho. Así aparecieron las primeras ciudades, en las que su estructura se comenzó a planificar según unos criterios de racionalidad y orden.

Consecuencia de todo ello es que con la ciudad aparece una nueva forma de ser, una nueva entidad ontológica. No se trata del hombre individual, ni del hombre rural, sino que aparece el hombre morador de la ciudad: el ciudadano. Ciudadano es, por consiguiente, aquel individuo cuya inserción y participación⁴ en la ciudad propicia su crecimiento como persona, aunque también pueda llevarle a tal independencia que lo convierta en un elemento totalmente despersonalizado. En efecto, siempre se dijo que los habitantes de la ciudad fueron los primeros hombres libres. En el momento en que un individuo pasa a formar parte de una ciudad se introduce en una compleja maraña de relaciones en las que pasa totalmente desapercibido, lo cual le lleva a no depender tanto de otras circunstancias externas cuanto de sí mismo. Al pasar desapercibido, el hombre no tiene ciertos condicionantes que le obligarían a actuar de una forma determinada, sino que es más libre. Además, en la ciudad, el hombre puede desarrollar ciertas capacidades de su personalidad que en un ámbito no urbano le serían imposibles de realizar, pudiendo así llevar a plenitud su personalidad.

A partir de todo lo expuesto hasta aquí, podemos afirmar que la ciudad es un organismo vivo⁵, una realidad siempre inacabada, en proceso constante de evolución y que, como ocurre con cada ser humano, se mantiene en su mismidad radical a pesar de altibajos, alteraciones y ciclos evolutivos. Además de su componente físico, definido por la situación y el trazado de sus edificios y calles, la ciudad es también una realidad humana en cuanto que es soporte de cultura y deja entrever las costumbres colectivas, tradiciones y ambientes de sus habitantes. En efecto, cada generación hace su aporte a esa creación histórica que es la ciudad, convirtiéndose así en testimonio de la historia, en la que sus calles nos dan fe de la entidad de los hombres que por ella han transitado y desarrollado sus vidas. Lógicamente entran aquí en juego todas las capacidades, actitudes, características y actividades de los ciudadanos a través del tiempo, creando, utilizando y transformando la ciudad como soporte y resultado de la intervención humana.

Según esto, la ciudad es una realidad que abarca una amplia significación. Para unos, la ciudad es ese conjunto de edificaciones que se encuentran más o menos próximas, formando una unidad geográfica habitada por hombres que intentan realizar en común diversos aspectos de su vida. Para otros, la ciudad es esa realidad ajena a la que acuden cada

Thinkers have devoted a long time to finding out whether people are social beings or not, if they are part of a network of relationships. Certainly, people are individual beings, free, autonomous and independent ones, but they have chosen to live together, since they do not perceive themselves as isolated beings, but as individuals who are part of a community, of a set of people. This choice for group life, for sharing life with other persons has its origins in human condition itself and in the desire to obtain a series of advantages that would not be obtained when living individually. Thus, people search for and make possible a series of human, labour and citizen relationships which show our inter-dependence.

A new reality emerged with the passing of time, as a result of the rapidly increasing numbers of people who were grouped to live together. Gradually, these groups reached a particular size and acquired a new dimension. Thus, the primitive cities were born, where the inhabitants organised themselves in a wholly new way from what they had traditionally done. That was how the new cities appeared, whose structure started to be planned according to some rationality and order criteria.

Consequently, a new way of being, a new ontological entity appeared with the city. It was not the individual person, or the rural person, but the city dweller: the citizen. A citizen is, therefore, an individual whose insertion and participation⁴ in the city fosters his own personal growth, though it can also lead him to such independence that he becomes completely depersonalised. Certainly, it has always been said that city dwellers were the first free people. As soon as an individual becomes part of a city, he enters a complex network of relationships in which he is totally unnoticed, which leads him not to depend so much upon external circumstances. Since they are unnoticed, people are not subject to certain conditions which would force them to act in a particular way, so they are freer. Moreover, people can develop particular aspects of their personalities in cities which could not be realised in a rural area, which might lead to a feeling of personal plenitude.

Based on everything which has been explained here, we may say that the city is a live organism⁵, an incomplete reality in a process of constant evolution and, just like with every human being, it retains its radical personality in spite of ups and downs, alterations and evolutionary cycles. Apart from its physical component, which is defined by the location and arrangement of its buildings and streets, the city is also a human reality, given that it supports culture and shows the collective habits, the traditions and atmospheres of its inhabitants. Certainly, each generation contributes to the

historical creation called city, thus becoming a witness to history, where its streets attest the entity of the people who have walked those streets carrying out their lives. Obviously, every capability, attitude, characteristic and activity of the citizens comes to play here through time, creating, using and transforming the city as a support and result of human intervention.

According to this, the city is a reality covering a wide meaning. For some, the city is a set of buildings which are closer or further, creating a geographical unit inhabited by people who try to carry out various aspects of their lives in common. For others, the city is an alien reality where they commute every day in order to work or simply to go for a walk or shop. Maybe there are some who believe that the city is an ideal reality where people have everything within grasp and where their human possibilities are multiplied. Finally, the city can also be hell, a place where chaos, hurry and tarmac are the main protagonists.

Regardless of the different aspects which are privileged in a city —which gives rise to different definitions—, I would like to point out in this paper at the Mediterranean and Western conceptions of society and cities. Nobody lives the same way in two different places in the world, and, for that reason, people do not build or live in the same manner. Therefore, most citizens spend a great part of their lives in the street in our Mediterranean society. These inhabitable spaces outside home are public areas, places used for developing the community⁶. Street and, in particular, quarters, lead to considering the city not as a whole, but as something composed of different spaces according to the citizens' chances of appropriation, belonging and accessibility. Based on this, we may privilege the quarter as the optimal unit of citizen participation, though it does not work as a minimum unit due to its scarce population. This space is able to support and sustain different typologies, uses and populations, allowing its citizens to foster their participation skills. Anyhow, the quarter is determined by the possibility to walk through it and by constituting the domestic space grouped around a couple of symbolic elements which define it. It is here precisely where the connection between the believer and the parish becomes apparent, as well as the link between religious architecture and all citizens. Contemporary religious architecture appears as its current example.

Contemporary Religious Architecture in the Urban Context

Talking about Western contemporary cities means to highlight the phenomenon

para realizar su trabajo o para ir simplemente de paseo o de compras. Quizá otros entiendan la ciudad como aquella realidad ideal en que el hombre tiene todo a su alcance y donde se multiplican sus posibilidades humanas. Finalmente, la ciudad también puede ser un lugar infernal donde el caos, la prisa y el asfalto son los protagonistas principales.

Independientemente de los distintos acentos que se privilegien en la ciudad —lo cual da lugar a distintas definiciones—, en estas páginas queremos tener especialmente en cuenta la concepción mediterránea y occidental de la sociedad y de las ciudades. Nunca se vivió del mismo modo en dos lugares distintos del mundo, y por eso nunca se construyó ni se habitó de la misma manera. Por esto, en nuestra sociedad mediterránea, la mayor parte de los ciudadanos pasa buena parte de su vida en la calle. Estos espacios habitables fuera del propio hogar son zonas públicas, lugares que sirven para el desarrollo de la comunidad⁶. Las calles —y especialmente los barrios— nos instan a no considerar la ciudad como un todo absoluto, pues hacen percibir los distintos espacios en función de las posibilidades de apropiación, pertenencia y accesibilidad de los ciudadanos. Según esto, podemos privilegiar el barrio como la unidad óptima de participación en la ciudad, cuando ésta no funciona como unidad mínima a causa de su escasa población. Éste es un espacio capaz de soportar y sostener tipologías, usos y poblaciones diversas, posibilitando a sus ciudadanos desarrollar sus capacidades de participación. Con todo esto, el barrio queda determinado por su posibilidad de ser recorrido a pie y por ser el espacio de lo doméstico agrupado en torno a uno o varios elementos simbólicos por los que queda definido. Precisamente, es aquí donde se pone de relieve la conexión del individuo creyente con la parroquia y de todos los ciudadanos con la arquitectura religiosa. Y en ella, la arquitectura religiosa contemporánea surge como su exponente actual.

LA ARQUITECTURA RELIGIOSA CONTEMPORÁNEA EN EL ÁMBITO URBANO

Hablar de la ciudad contemporánea occidental supone destacar el fenómeno de la secularización y la desacralización. Como ya hemos visto, tanto la ciudad clásica como la medieval —e incluso concepciones posteriores de la ciudad— han crecido en torno al elemento religioso. Pero de forma especial, la ciudad medieval creció alrededor de la catedral e incluso en torno a monasterios, que acabaron incluso por convertirse en su referencia fundamental. Más aún, la ciudad contemporánea también se ha configurado en alguna ocasión en torno a la plaza pública y a la catedral. Destaca el caso de Brasilia, proyecto del arquitecto Oscar Niemeyer. Pero sabemos que esto no es lo común. Soy consciente de que la ciudad, al igual que la sociedad, ha ido secularizándose paulatinamente⁷. Y lo ha hecho hasta tal punto que la ciudad contemporánea, con sus costumbres, estilos de vida y formas de cultura y comunicación, es hoy un nuevo areópago. Por ello es necesario que la Iglesia opte de forma deliberada por la ciudad, se inserte en ella y programe estrategias pastorales adecuadas al espacio urbano. En consecuencia, debe también profundizar en la reflexión teológica sobre la ciudad, reflexión que tras iniciar su andadura en torno a los años

sesenta, sufrió un periodo de letargo del que parece estar recuperándose en la última década⁸. Pero quizá, una de las formas privilegiadas de estar hoy presente en la ciudad y evangelizarla es apostando por la parroquia urbana y, con ella, por la arquitectura religiosa contemporánea como su manifestación visible⁹.

Es evidente que el concepto de parroquia urbana difiere mucho del concepto de parroquia rural. Precisamente por ello es necesario que la reflexión teológica y la práctica pastoral de la Iglesia asuman principios y criterios urbanísticos como base imprescindible para el desempeño de su misión en la ciudad y, como consecuencia, también criterios arquitectónicos propios de la arquitectura religiosa contemporánea. Necesariamente debe producirse también el movimiento inverso. Como muestra, podemos comprobar que el principio de zonificación¹⁰ sobre el que se organiza la ciudad es absolutamente compatible, e incluso promotor, de la parroquia como célula de zonificación, por supuesto eclesial, pero también urbana. Sin este mutuo enriquecimiento —que propicia la actuación programada y racional, y que permite adelantarse a los acontecimientos—, volverían a repetirse situaciones, aunque con tintes actuales, que resultarían totalmente desacertadas a la postre, como aconteció, por ejemplo, con la multiplicación de parroquias que se llevó a cabo en España en los años sesenta «hasta que se fue imponiendo la convicción de que la ciudad era algo distinto, algo cualitativamente nuevo»¹¹.

En efecto, la parroquia urbana está determinada por una serie de aspectos que la singularizan. Cabe destacar la movilidad y el anonimato de sus habitantes, la dispersión —en ocasiones— de sus lugares de vivienda-trabajo-ocio, los problemas estructurales y materiales propios de los núcleos urbanos —como la exclusión social o la emigración—, y especialmente, la difusión de sus límites, pues éstos no se identifican con todo el núcleo urbano, sino con una pequeña parte de él. También la parroquia urbana debe privilegiar sobremanera su arquitectura en cuanto a la situación y orientación en el conjunto urbano, el estilo y las posibilidades de accesibilidad y desenvolvimiento de su templo, así como los espacios reservados para el estacionamiento próximo de vehículos. En consecuencia, el diseño de los templos en los nuevos barrios y en la ciudad contemporánea, consciente de estos desafíos de la parroquia urbana, necesariamente debe responder al objetivo de «estructurar sus espacios para convertirse en el hogar espiritual y humano de sus fieles, y cuidar con esmero su papel de pedagogo de las nuevas generaciones de católicos que a ellos acudirán»¹². En definitiva, la clave de la arquitectura religiosa contemporánea se encuentra en su capacidad de dar respuesta a una realidad parroquial no ceñida casi exclusivamente a lo cultural, sino determinada por un conjunto de relaciones sociales y pastorales que demandan de ella complejos arquitectónicos múltiples que las acojan¹³.

La arquitectura religiosa contemporánea tiene, pues, la misión y el reto de ser en la ciudad contemporánea principalmente encarnación visible de la comunidad cristiana en esa ciudad o barrio, fomentando en los cristianos su condición de pueblo de Dios. Por consiguiente, la

of secularisation and desacralisation. As we have already seen, both classical and medieval cities, and even later conceptions of the city-grew around the religious element. In particular, medieval cities grew around the cathedrals and even around monasteries which finally became their main reference. Even so, contemporary cities were sometimes also configured around public squares and cathedrals. We could mention the case of Brasilia, a project by architect Oscar Niemeyer. However, we know that this is uncommon. I am aware that cities, just like societies, have been gradually secularised⁷, to the extent that contemporary cities, with their habits, lifestyles and culture and communication forms, are today new Areopagus. Therefore, the Church should deliberately choose cities, should be integrated in them and plan pastoral strategies fit for the urban space. As a consequence, it should also deepen the theological reflection about the city. This reflection, which started in the 60s, has suffered from a lethargic period out of which it seems to have emerged in the last decade⁸. Perhaps one of the privileged ways to be present nowadays in the city is betting on the urban parish and on contemporary religious architecture as its visible manifestation⁹.

It is obvious that the concept of an urban parish is quite different from the concept of a rural one. For this reason, the Church's theological reflection and the pastoral practice should assume urban planning criteria and principles as the necessary basis to carry out their mission in the city and, as a consequence, some architectural principles which are fit for contemporary religious architecture. The inverse movement must also take place. As an example, we may see that the zoning principle¹⁰ upon which the city is organised is absolutely compatible, even a promoter, of the parish as zoning cell, as a church but also an urban zoning cell. Without this mutual enriching process <which fosters a rational and planned action and allows a forecast of events—, some actions which were totally wrong in the long run, for instance, the multiplication of parishes in Spain during the 60s; «until the conviction that the city was something different, something qualitatively new won»¹¹. Certainly, urban parishes are determined by a series of specific factors. Among them, we could mention the mobility and anonymity of citizens, sometimes the dissemination of their work-leisure-home spaces, the structural problems of the new urban districts —such as social exclusion or emigration— and, in particular, the fuzziness of their limits, given that they are not identified with the whole urban district, but just with a part of it. The urban parish should also privilege its architecture

as regards the location and orientation in the urban context, the style and possibilities of accessibility and evolution of the temple, as well as the spaces reserved for parking. As a consequence, the temple design in new quarters and in contemporary cities, being aware of the challenges of the urban parish, must seek the goal of «structuring its spaces so as to become the spiritual and human home of the faithful, taking good care of its pedagogic role for the new generations of Catholics who will go there»¹². To sum up, the key of contemporary religious architecture lies in its capacity to respond to a parish reality which is not exclusively limited to the worship, but is also determined by a set of social and pastoral relationships which demand of it some multiple architectural facilities for hosting them¹³. Contemporary religious architecture has the mission and the challenge of being the visible incarnation of the Christian community in that contemporary city or district, fostering in the Christians their condition of God's people. Therefore, the community must find in the contemporary temple the religious atmosphere which is consistent with its social and intellectual sensitiveness, the right conditions for meeting Jesus Christ and the best chances for meeting the others. As opposed to the monumental nature characterising other conceptions, contemporary religious architecture should be another building among the surrounding ones, as regards its language, the discretion of its volumes and the use of structures and materials¹⁴. Contemporary temples must stand out due to their austerity, simplicity and practicality¹⁵, due to their being built with human measurements, and integrated in a close connection with the social surroundings¹⁶; fully rooted in human existence. Together with that, the symbolic importance is a particularly relevant aspect in the city's contemporary religious architecture. We know that religiousness loses meaning in contemporary cities, like many other realities, if it is not outwardly and publicly expressed¹⁷. Therefore, contemporary religious architecture must be significant in the city; therefore it must assume its role as urban milestone. Aside from every magnificence and monumentality, contemporary religious architecture is aware that, apart from being the place where the Christians gather is a real symbol. For all those who wish to understand that language, a contemporary church reminds of the existence of a Christian community in the middle of contemporary city, and therefore, of God's presence in it¹⁸. Undoubtedly, the Church addresses nowadays indifferent people and non-believers through public signs, and the temple is one of them. It is up to the quality, simplicity and sincerity of contemporary religious architecture whether those people feel called or not. These characteristics of contemporary religious architecture highlight the fact that «the Church



Oscar Niemeyer, Catedral Napolitana de Nuestra Señora Aparecida, Brasilia (Brasil), 1959/70.

comunidad debe encontrar en el templo contemporáneo el ambiente religioso consecuente con su sensibilidad social e intelectual, las condiciones idóneas para el encuentro con Cristo y las mejores posibilidades para el encuentro con los demás. Frente al monumentalismo propio de otras concepciones, la arquitectura religiosa contemporánea debe ser una construcción más entre las circundantes, en su lenguaje, en la discreción de sus volúmenes y en el empleo de estructuras y materiales¹⁴. El templo contemporáneo debe destacar por su austeridad, sencillez y practicidad¹⁵, por estar construido a la medida del hombre e insertado en estrecha convivencia con su entorno social¹⁶, enraizado plenamente en la existencia humana.

Junto a todo ello, la importancia simbólica es un aspecto de especial relevancia en la arquitectura religiosa contemporánea en la ciudad. Sabemos que lo religioso en la ciudad contemporánea, como otras muchas realidades, pierde significatividad si no se manifiesta exterior y públicamente¹⁷. Así pues, la arquitectura religiosa contemporánea debe ser significativa en la ciudad, y por tanto debe asumir su papel como hito urbano. Al margen de todo fasto y monumentalidad, la arquitectura religiosa contemporánea es consciente de que, además de ser el lugar donde se reúnen los cristianos, es un auténtico símbolo. Para todo el que quiera entender este lenguaje, una iglesia contemporánea es recordatorio de la existencia de una comunidad cristiana en medio de la ciudad actual y, por ende, presencia de Dios en ella¹⁸. Sin lugar a dudas, la Iglesia habla hoy al hombre indiferente e increyente por medio de sus signos públicos, y el templo es uno de ellos. De la calidad, sencillez y sinceridad de la arquitectura religiosa contemporánea depende que este hombre se sienta o no interpelado.

Estas características de la arquitectura religiosa contemporánea ponen de relieve que «la Iglesia se encarna en la ciudad para ser una presencia salvadora, revelando al hombre el sentido de su existencia y de la historia, orientándolo hacia su misión trascendente y favoreciendo la vivencia de la fraternidad. Así, la Iglesia se descubre al servicio de la ciudad, en cuanto que en ella el hombre debe realizarse en comunidad»¹⁹. También por medio de la arquitectura religiosa contemporánea, la Iglesia se muestra a la sociedad como presencia de diálogo permanente y favorecedor del encuentro de los hombres entre sí y con Dios. De ahí la importancia teológica de la realidad urbana y de la arquitectura religiosa contemporánea en ella.

CONCLUSIÓN

Para concluir, baste recordar que el individuo de la calle busca consciente o inconscientemente en los templos la comunión con lo sagrado y la belleza que le puede negar el entorno en el que vive. La arquitectura religiosa contemporánea tiene la responsabilidad de hablar los lenguajes más adaptados al hombre contemporáneo, y a su coyuntura espiritual, social y cultural. En ello se juega ser verdadero testimonio de la publicidad de la fe en la ciudad contemporánea.

is embodied in the city in order to be a saving presence, revealing to people the meaning of their existence and of history, orienting them towards their transcendent mission and fostering the experience of fraternity. Thus, the Church discovers it is at the service of the city, given that people must realise themselves within a community»¹⁹. It is also through contemporary religious architecture that the Church appears to the society as a presence of permanent dialogue fostering the meeting of human beings among them and with God. That is why the urban reality and contemporary religious architecture inside it have a theological relevance.

Conclusion

To conclude, I would like you to remember that the ordinary person searches, either consciously or unconsciously, in the temple for a communion with the sacred and the beauty which may be denied by their surroundings. Contemporary religious architecture is responsible for speaking those languages which are better adapted to the contemporary people and their spiritual, social and spiritual circumstances. That is necessary in order to be a true witness to faith advertising in contemporary cities.

¹ La mitad de nuestro mundo es urbano. Mientras que a principios del siglo XIX sólo un 5% de la población mundial vivía en las ciudades, hoy en día alcanza el 50%, y en los próximos diez años seguramente llegará a superar el 60%. No sabemos si esto nos plantea un futuro totalmente urbano o simplemente es otro signo de nuestra sociedad occidental. Pero los datos nos muestran que este fenómeno es un hecho al que debemos de estar atentos y ofrecer respuestas de modo interdisciplinar.

² Fernando de Terán Troyano, «Medio siglo de pensamiento sobre la ciudad», Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Madrid 2002, pág. 38.

³ Cf. Peter Marcuse, «¿Qué es exactamente una ciudad?», Revista de Occidente 275 (2004), pág. 14-15; Álex Romaguera, «La ciudad, entre el aislamiento y la inserción», Compartir 37 (2000), pág. 28-29.

⁴ El ciudadano, como individuo participante, juega su protagonismo en la ciudad desde la interacción social. Es necesario que sus habitantes asuman la ciudad como suya, que intervengan de forma activa y comunitaria en su configuración. Solo así ésta podrá ser realmente un lugar habitable. Quizá uno de los dramas de hoy en día es que los ciudadanos no se sienten activa y afectivamente parte de su ciudad. Las ciudades no necesitan habitantes anónimos, sino auténticos ciudadanos, hombres dispuestos a colaborar activamente en la construcción de lo que es su hogar, la civitas.

⁵ Cf. Fernando de Terán Troyano, cit., pág. 24.

⁶ Lamentablemente, en los países desarrollados, el progreso ha convertido las calles en carreteras. Por ello hoy se nos hace prácticamente imposible habitar las calles, caminar con la seguridad de que un automóvil no nos arrollará a su paso. Por consiguiente, es tarea importante recuperar la calle como espacio habitado. Cf. Ivan Illich, «La reivindicación de la casa», Archipiélago 34-35 (1998), pág. 49.

⁷ Cf. Javier Martínez Cortés, «La megápolis moderna: ¿Una nueva versión de Babel?», Sal Terrae 84 (1996), pág. 197.

⁸ La obra de referencia al respecto es «Théologie de la ville» (Editions Universitaires, Bruselas, 1968), del francés Joseph Comblin. Más recientemente, el número 988 de marzo de 1996 de la revista de Teología pastoral «Sal Terrae», titulado «La ciudad de Dios», abordó de forma monográfica la reflexión sobre la ciudad. Cabe destacar también los trabajos de Francisco Niño Súa «La Iglesia en la ciudad. El fenómeno de las grandes ciudades en América Latina como problema teológico y como desafío pastoral» (1996), en el ámbito católico, y el ensayo de Andrew Davey «Cristianismo urbano y globalización» (2003), desde el punto de vista anglicano.

⁹ Cf. Casimiro Morcillo González, «El templo, signo de la Iglesia», ARA 5 (1965), pág. 33.

¹⁰ Cf. Juan González Anleo, «La arquitectura religiosa en el conjunto de la ciudad», Patrimonio Cultural 36 (2002), pág. 80. El principio de zonificación hace referencia a la ubicación de las funciones de trabajo, residencia y ocio, al menos, en espacios previstos y adecuados en la ciudad. A veces el principio de zonificación se desarrolla de forma espontánea debido a la separación de clases desde el punto de vista económico.

¹¹ Cf. ibidem, 90. En aquel momento, la opción de la Iglesia se redujo a trasladar el modelo de parroquia rural o de ciudad pequeña a las grandes urbes, sin ningún tipo de adaptación de fondo. El fracaso fue tal precisamente porque no se tuvieron en cuenta ciertos principios urbanos fundamentales.

¹² Ibidem, 92.

¹ One half of our world is urban. While in the early 19th century just 5% of the world population inhabited cities, nowadays that figure is 50%, and it is expected that it will be over 60% in the next decade. We do not know yet whether this predicts a totally urban future or is simply another sign of our Western society. The data shows that this phenomenon is a fact that should be taken into account and to which multidisciplinary answers must be provided.

² Fernando de Terán Troyano, «Half a Century of Thought about the City», Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Madrid 2002, pag. 38.

³ Cf. Peter Marcuse, «What is exactly a City?», Revista de Occidente 275 (2004), pag. 14-15; Alex Romaguera, «The City, between Isolation and Insertion», Compartir 37 (2000), pag. 28-29.

⁴ The citizen, as a participating individual, is a protagonist in the city thanks to social interaction. Its citizens must assume the city as theirs, taking an active part in its configuration in a communal way. This is the only way to turn it into an inhabitable place. Perhaps one of today's tragedies is that citizens do not feel actively and affectively part of their city. Cities need no anonymous inhabitants, but real citizens, persons ready to cooperate actively in building their home, the civitas.

⁵ Cf. Fernando de Terán Troyano, quote, pag. 24.

⁶ Unfortunately, progress has turned streets into roads in developed countries. That is why it gets practically impossible to inhabit streets nowadays, walking in the certainty that no car will run us over. Therefore, the street must be recovered as an inhabited space. Cf. Ivan Illich, «Restoring the Home», Archipiélago 34-35 (1998), pag. 49.

⁷ Cf. Javier Martínez Cortés, «The Modern Megalopolis: A New Version of Babel?», Sal Terrae 84 (1996), pag. 197.

⁸ The reference work in that regard is «Théologie de la ville» (Editions Universitaires, Brussels, 1968) by the French Joseph Comblin. More recently, issue 988 of March 1996 of the pastoral theology magazine «Sal Terrae», titled «God's City», tackled in a monographic issue a reflection about the city. We should highlight the works by Francisco Niño Súa «The Church in the City. The phenomenon of Big Cities in Latin America as a Theological Problem and a Pastoral Challenge» (1996), in the Catholic field, and the essay by Andrew Davey «Urban Christianity and Globalisation» (2003), from the Church of England one.

⁹ Cf. Casimiro Morcillo González, «The Temple, Sign of the Church», ARA 5 (1965), pag. 33.

¹⁰ Cf. Juan González Anleo, «Religious Architecture in the City Context», Patrimonio Cultural 36 (2002), pag. 80. The zoning principle refers to the location of the work, residence and leisure functions, at least, in spaces designed and fit for the city. Sometimes the zoning principle develops naturally due to class split from the economic standpoint.

¹¹ Cf. ibidem, 90. Then, the Church's option was simply to move the rural parish or small-town model to big cities, without any kind of deep adaptation. It failed because the basic urban principles were not taken into account.

¹² Ibidem, 92.

¹³ Parish centres talk to us about the multiplicity and plurality of the pastoral services and tasks they provide. The parish centre becomes the antithesis of the classical temple, a unitary and monumental one. Cf. José Manuel de Aguilar Oterín, «The Adaptation of Old Churches», Phase 111 (1979), pag. 249.

¹⁴ Cf. Enrique Comas de Mendoza, «Religious Architecture», *Selecciones de Teología* 9 (1964), pag. 41.

¹⁵ The concept of beauty in contemporary religious architecture is not incompatible with the material and formal simplicity or austerity, rather, it is made possible by them. Cf. José Manuel de Aguilar Otermin, «Dialogues on Churches», *Arquitectura* 52 (1963), pag. 38. Cf. Eduardo Delgado Orusco, «Because Living is Difficult. Conversations with Javier Carvajal Ferrer», Camilo José Cela University, Madrid, 2002, pag. 79.

¹⁶ Cf. Herbert Muck, «The Church in the City», *ARA* 10 (1966), pag. 10.

¹⁷ Cf. João Batista Libanio, «The Church in the City», *Selecciones de Teología* 146 (1998), pag. 121.

¹⁸ Cf. José Aldazábal Larrañaga, «The Church Space and its Mystagogic Pedagogy», *Phase* 193 (1993), pag. 55.

¹⁹ Francisco Niño Súa, «The Church in the City. The phenomenon of the Big Cities in Latin America as a Theological Problem and a Pastoral Challenge», *Editrice Gregoriana Pontificia Universitaria, Rome*, 1996, pag. 182.

¹³ Los complejos parroquiales nos hablan de la multiplicidad y pluralidad de los servicios y tareas pastorales que se prestan. El complejo parroquial se convierte, pues, en la antítesis del templo clásico, unitario y monumental. Cf. José Manuel de Aguilar Otermin, «La adaptación de iglesias antiguas», *Phase* 111 (1979), pag. 249.

¹⁴ Cf. Enrique Comas de Mendoza, «Arquitectura religiosa», *Selecciones de Teología* 9 (1964), pag. 41.

¹⁵ El concepto de belleza en la arquitectura religiosa contemporánea no sólo no está reñido con la sencillez material y formal o la austeridad, sino que más bien éstas lo hacen posible. Cf. José Manuel de Aguilar Otermin, «Coloquios sobre iglesias», *Arquitectura* 52 (1963), pag. 38. Cf. Eduardo Delgado Orusco, «Porque vivir es difícil. Conversaciones con Javier Carvajal Ferrer», *Universidad Camilo José Cela, Madrid*, 2002, pag. 79.

¹⁶ Cf. Herbert Muck, «La Iglesia en la ciudad», *ARA* 10 (1966), pag. 10.

¹⁷ Cf. João Batista Libanio, «La Iglesia en la ciudad», *Selecciones de Teología* 146 (1998), pag. 121.

¹⁸ Cf. José Aldazábal Larrañaga, «El espacio de la Iglesia y su pedagogía mistagógica», *Phase* 193 (1993), pag. 55.

¹⁹ Francisco Niño Súa, «La Iglesia en la ciudad. El fenómeno de las grandes ciudades en América Latina, como problema teológico y como desafío pastoral», *Editrice Gregoriana Pontificia Universitaria, Roma*, 1996, pag. 182.